

## **RETIRO: BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN...**

*Extraído de Llamados por la Gracia de Cristo, Revista Orar, DABAR, Misa Dominical,  
Tú tienes Palabras de Vida, A. Pronzato, B. Caballero y otros)*

### **VER:**

Con frecuencia se oye decir que las bienaventuranzas son un resumen del mensaje evangélico. Lo esencial en el cristiano no es lo que hace, dice o vive. Lo esencial es que su vida, su palabra y su acción sean la concreción de su opción por el seguimiento de Jesús. Para conseguirlo no sólo es necesario conocerle a Él, sino que dicha opción fundamental se ha de encarnar en un estilo de vida, el de las Bienaventuranzas, y en una posición dentro del amplio escenario del mundo, la de los pobres de la Tierra.

Todo ello desde, en y por la Iglesia, la comunidad de los seguidores de Jesucristo, en un constante proceso de conversión personal. En los retiros de este curso nos vamos a centrar en conocer mejor y analizar en qué consiste ese nuevo estilo de vida emanado de las Bienaventuranzas, del programa del Reino de Dios.

Vamos a continuar por la tercera Bienaventuranza, la que hace referencia a “los que lloran”. Y por eso, en un primer momento vamos a reflexionar acerca de esta palabra:

### **Para la reflexión:**

- ¿Qué me hace llorar? ¿Por qué o por quién lloro?
- Mis lágrimas, ¿qué efecto tienen en mí? ¿Y en los demás?
- ¿Mi llanto soluciona o cambia algo?

### **JUZGAR:**

Mt 5, 1-3

<sup>1</sup>Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; <sup>2</sup>y les enseñaba diciendo: <sup>5</sup>Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Lo primero que podemos comprobar al escuchar esta Bienaventuranza es que Dios acoge al que lo pasa mal, al que sufre. Nada humano le es indiferente. Está junto al que llora, no lo abandona en su soledad, por eso quiere consolarlo

Pero según el diccionario, llorar, además de derramar lágrimas, significa también **Sentir vivamente algo. Llorar una desgracia, la muerte de un amigo, las culpas, los pecados...** Es decir, lloramos por algo o alguien que nos afecta directamente, en lo profundo.

Por eso, de entrada, los conceptos “llorar” y “Bienaventurados” nos parecen totalmente opuestos. Las bienaventuranzas tal como nos las expone el evangelista Mateo son como “actitudes” con que debemos vivir el Evangelio (eligiendo ser pobres, humildes...); pero esto de llorar no nos parece una actitud, sino que las lágrimas están provocadas por algo que se nos viene encima.

Por tanto, podemos preguntarnos: ¿Cómo es posible que algo no querido por Dios ni por nosotros (lo que provoca nuestro llanto) nos lo presente Jesús como causa de bienaventuranza, de dicha?

En primer lugar, no olvidemos que Jesús también lloró, y todos estamos de acuerdo en que Él fue “bienaventurado”. Y en segundo lugar, al llamar bienaventurados a los que lloran, Jesús no se dirige a personas fracasadas.

Cristo no quiere convertir la tristeza en una actitud fundamental para el cristiano. Al contrario, el cristiano está hecho para la alegría, que encuentra en Dios. Pero lo cierto es que hay cosas, situaciones, experiencias... que nos hacen llorar, y mucho: problemas, desgracias, disgustos, conflictos, inseguridades, incertidumbres...

Pero además de esto, lo que el cristiano debe llorar son sus pecados. Debe producirle tristeza el hecho de encontrarse tan lejos de la santidad, que debe desechar ante todo. Por eso se puede afirmar “Dichosos los que lloran”. El llanto a que se refiere indica una angustia muy profunda del alma. Es un dolor real, producido en la vida concreta.

No se exalta el llanto sin más, sino el llanto causado por el deseo de ser fieles al Dios de Jesús, lo que implica tomar la cruz de la propia vida y negarse a sí mismo por fidelidad al reino. Jesús abre una nueva perspectiva al dolor y al llanto que éste provoca.

Jesús vincula la felicidad de los que lloran al consuelo que éstos recibirán. Pero este consuelo se recibirá en la medida en que al sufrimiento que provoca nuestras lágrimas le demos en sentido que Él le dio, cuando lo que provoca nuestras lágrimas lo vivamos como medio de redención propia o ajena.

No cualquier dolor proporciona el consuelo divino. Sufrir por sufrir es masoquismo o estupidez, pero por ejemplo, sufrir para que otro no sufra, o sufrir haciendo de círculo del sufrimiento ajeno, es diferente. Entonces, si lo vivimos así, ese sufrimiento y el llanto que pueda provocarnos serán medios para hacer presente el Reino de Dios y medios de redención.

Aunque ese sufrimiento nos haga llorar, estamos en la onda de los grandes “sufridores” del Antiguo y Nuevo Testamento, y entonces seremos de los que lloran, pero que son bienaventurados porque serán consolados.

Sobre todo, Cristo puede proclamar bienaventurados a los que lloran porque en cuanto Mesías, es el gran Consolador, que como profetizó Isaías (61, 1-3) ha sido ungido por el Espíritu del Señor *para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para consolar a los afligidos de Sión, para cambiar su ceniza en corona, su traje de luto en perfume de fiesta, su abatimiento en cánticos.*

Y para ser nuestro Consolador, nos dice: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso* (Mt 11, 28-29). Ésta es una invitación sincera y siempre actual por parte de Jesús, pero, ¿somos capaces de aceptarla, o seguiremos llorando y lamentándonos estérilmente?

Todos tenemos ya donde descargar nuestras penas, lo triste es que no nos acordamos, o preferimos solucionarlas o arrastrarlas con nuestros propios medios o con nuestras propias fuerzas. Pero entonces, nuestros dolores y llantos, en lugar de fecundar nuestras vidas para el Reino, lo único que consiguen es regar nuestra tristeza, y no consiguen ningún fruto.

Generalmente lo que hacemos es ponernos muy nerviosos y gritar por nuestra impotencia y nuestro miedo. Bastaría con que abramos el libro de los salmos para que rápidamente encontrremos uno que ponga en nuestros labios las palabras precisas del desahogo en la fe. Palabras que no sólo no acrecientan nuestra amargura, sino que la mitigan y nos hacen llegar poco a poco el consuelo de Dios.

*Venid a mí* es la invitación que Cristo nos reitera desde la Cruz. Una invitación a unir nuestro sufrimiento al suyo y a revisar el origen y la causa de nuestros llantos. Una invitación a convertirlo en diálogo amistoso con Él, en oración de lamentación.

De hecho, todo un libro de la Biblia lleva el nombre de “Lamentaciones”, atribuido al profeta Jeremías, en el cual expone ante Dios toda una serie de sufrimientos personales y sociales y es toda una lección orante que la Biblia nos da, enseñándonos que llorar ante el Señor no sólo es lícito, sino que, al ponernos en las manos del Señor, nuestra oración de lamentación puede ayudarnos a encontrar el camino para que ese sufrimiento y ese llanto no resulten estériles.

### **Para la reflexión:**

- Me detengo en la contemplación de Jesús llorando. ¿Qué me sugiere?
- Si Cristo no quiere convertir la tristeza en una actitud fundamental para el cristiano, ¿a qué se debe que tantas veces nos digan que vivimos la fe de un modo triste?
- ¿Llego a sentir de verdad “dolor por mis pecados”?
- Reflexiono la frase: No cualquier dolor proporciona el consuelo divino. Sufrir por sufrir es masoquismo o estupidez, pero por ejemplo, sufrir para que otro no sufra, o sufrir haciendo de círeneo del sufrimiento ajeno, es diferente.
- ¿Acudo a Jesús en mi sufrimiento y en mi llanto para encontrar consuelo? ¿Convierto mi lamentación en oración?

### **ACTUAR:**

Mientras estamos en la tierra, que desde la Iglesia bastantes veces hemos considerado “un valle de lágrimas”, para nosotros es consuelo sentir que Dios nos ama y nos escucha.

Pero también es un consuelo saber que incluso cuando Él parece no atender nuestras peticiones, nuestro sufrimiento, nuestro llanto, nuestra cruz... estas realidades mantienen un sentido y un valor.

Y consuelo es también saber ciertamente que Dios dará a sus seguidores, en la otra vida, más que todo lo que pudimos esperar y merecer. Por eso, “Bienaventurados los que lloran...” no por el llanto, sino por el consuelo que van a recibir.

A ningún cristiano le falta el consuelo si ora con fe, aunque su oración sea una lamentación. El consuelo puede llegar de la misma virtud de la esperanza en lo que Dios nos tiene preparado tras “esta mala noche pasada en mala posada”, como decía Santa Teresa de Jesús.

Para quien llora con humildad y abandono por el recuerdo de sus pecados, existe y existieron siempre lo que en literatura espiritual se conoce como “consolaciones espirituales”, momentos en los cuales nos sentimos de pronto llenos de paz.

Aun en medio de las pruebas de la fe, de esas “noches” o travesías de desierto, siempre suele haber momentos en los que uno tiene la certeza de que Dios está cerca y no nos deja de su mano a pesar de las apariencias. Desde que Cristo resucitó, a cada oscurecer de todo Viernes Santo sigue la luminosa mañana de Resurrección.

Sin embargo, cuando hablamos de “consuelo para nuestro llanto”, no debemos referirlo únicamente al más allá. Convertiríamos la fe en opio. Recordemos que, aunque la felicidad definitiva y total únicamente la disfrutaremos “allá”, ya desde aquí seremos consolados.

Por eso, además de esas consolaciones espirituales, interiores, también el consuelo nos llega a través de los demás. En la comunidad cristiana hay muchos carismas; como los miembros del cuerpo, cada uno tiene su función y todos cooperan a la salud general.

Hacen falta personas que sepan consolar. Son muchas las lágrimas que hay que enjugar en estos tiempos, muchísimas las tristezas que hay que tratar de mitigar, muchas las angustias que procurar calmar, muchas las soledades que acompañar.

Quien consuela de parte de Dios se siente enviado, como dice san Pablo, por el Dios de todo consuelo, que *nos alienta en nuestras luchas hasta el punto de poder nosotros alentar a los demás en cualquier lucha, repartiendo con ellos el ánimo que nosotros recibimos de Dios*.

Hacen falta cristianos que, como nuevas Verónicas, pasen un lienzo por los rostros bañados en lágrimas, consolando a aquellos en los que Jesús está de nuevo sufriendo.

Por eso, “Bienaventurados los que lloran”, bienaventurados los que son capaces de llorar, porque llorar es una forma de hablar con Dios, porque sólo los ojos que han llorado son capaces de ver a Dios porque experimentan su consuelo

### **Para la reflexión:**

- ¿Veo esta tierra como “un valle de lágrimas”? ¿Por qué?
- ¿Recuerdo haber experimentado alguna “consolación espiritual”?
- ¿He recibido consuelo por parte de alguna de esas “nuevas Verónicas”, de personas que saben hacer llegar el ánimo y el consuelo de parte de Dios? ¿Yo estoy dispuesto a consolar a quien lo necesite?

## Oración

Señor, ¿qué sería de este mundo si nadie llorase?  
Yo quiero agradecerte el don de las lágrimas,  
porque las sonrisas y las lágrimas son como el lubricante  
que nos envías para que no se nos oxide la mirada  
ante tanta alegría y ante tanta pena que hay en el mundo.  
Quiero llorar, Señor, para poder verte y agradecerte tus bienes.  
Quiero llorar por eso mi pecado y el de los demás.  
Gracias, Señor, porque Tú mismo lloraste,  
porque Tú mismo nos enseñaste a llorar,  
porque provocaste nuestras lágrimas  
y porque nos enseñaste, también, a enjugarlas.

## **RETIRO: BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN...**

*Extraído de Llamados por la Gracia de Cristo, Revista Orar, DABAR, Misa Dominical,  
Tú tienes Palabras de Vida, A. Pronzato, B. Caballero y otros)*

### **VER:**

- ¿Qué me hace llorar? ¿Por qué o por quién lloro?
- Mis lágrimas, ¿qué efecto tienen en mí? ¿Y en los demás?
- ¿Mi llanto soluciona o cambia algo?

### **JUZGAR:**

Mt 5, 1-3

<sup>1</sup>Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; <sup>2</sup>y les enseñaba diciendo: <sup>5</sup>Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

- Me detengo en la contemplación de Jesús llorando. ¿Qué me sugiere?
- Si Cristo no quiere convertir la tristeza en una actitud fundamental para el cristiano, ¿a qué se debe que tantas veces nos digan que vivimos la fe de un modo triste?
- ¿Llego a sentir de verdad “dolor por mis pecados”?
- Reflexiono la frase: No cualquier dolor proporciona el consuelo divino. Sufrir por sufrir es masoquismo o estupidez, pero por ejemplo, sufrir para que otro no sufra, o sufrir haciendo de cireneo del sufrimiento ajeno, es diferente.
- ¿Acudo a Jesús en mi sufrimiento y en mi llanto para encontrar consuelo? ¿Convierto mi lamentación en oración?

### **ACTUAR:**

- ¿Veo esta tierra como “un valle de lágrimas”? ¿Por qué?
- ¿Recuerdo haber experimentado alguna “consolación espiritual”?
- ¿He recibido consuelo por parte de alguna de esas “nuevas Verónicas”, de personas que saben hacer llegar el ánimo y el consuelo de parte de Dios? ¿Yo estoy dispuesto a consolar a quien lo necesite?

### **ORACIÓN**

Señor, ¿qué sería de este mundo si nadie llorase?  
Yo quiero agradecerte el don de las lágrimas,  
porque las sonrisas y las lágrimas son como el lubricante  
que nos envías para que no se nos oxide la mirada  
ante tanta alegría y ante tanta pena que hay en el mundo.  
Quiero llorar, Señor, para poder verte y agradecerte tus bienes.  
Quiero llorar por eso mi pecado y el de los demás.  
Gracias, Señor, porque Tú mismo lloraste,  
porque Tú mismo nos enseñaste a llorar,  
porque provocaste nuestras lágrimas  
y porque nos enseñaste, también, a enjugarlas.